



«Otro perfume»

Ronald G. Hernández Campos

Julio recordó que el olor de la piel de Diego había sido dulce en otro tiempo, de una manera que le parecía incomprensible, ya que su pobre olfato poco desarrollado siempre lo hizo sentir en desventaja con respecto a las personas que lograban distinguir a su pareja por su olor. No es que Diego fuera su pareja, ni mucho menos algo parecido, sin embargo, de algún modo, cuando lo besaba, o se encontraban sus cuerpos piel con piel, había un cierto aroma, una fragancia dulce que despedía el sudor de Diego y encantaba a Julio de una forma inexplicable y jamás había podido resistir la tentación de compartir un rato de placer con él: ni antes, cuando Julio estaba enredado con un señor acomodado que le resolvía la vida, ni ahora, con el agravante de morir con solo estar en el lugar equivocado con el asintomático equivocado... Julio siempre trató de cumplirle a Diego porque en el fondo era quien mejor lo conocía debajo de ese montón de capas de cebolla que él mismo había diseñado para que nadie entrara, excepto su «macho» acostumbrado a ignorar sus barreras.

Nunca tuvieron la costumbre de escribirse tan seguido como las parejas convencionales; sus mensajes generalmente llegaban una o dos veces al año, cuando la nostalgia del cuerpo les pedía a gritos saber del otro y querer darle un beso, o simplemente el contacto que llevara a un orgasmo. Se escribieron después de un año de no hacerlo. Tal vez para ambos era hora de volver a revivir la pasión que habían dejado en pausa y que compartieron hace seis años cuando se encontraron por primera vez en el mismo gimnasio. También podía significar el fin de una era de satisfacción, deleite, complicidad. No lo sabrían hasta intentarlo.

-¿Dónde querés que nos veamos, guapo? - le escribió Diego.

-¿Vos conocés un motel que queda frente a Jardines del Recuerdo, en La Valencia, rumbo a la Uruca? No tengo inconveniente en esperarte ahí. Llegás con el carro y entramos. ¿Te parece?

–Me parece excelente. Ya quiero tenerte adentro, rico mío... – respondió Diego y finalizaron los planes de la conversación.

Para los dos, no era necesario decirse más nada: ambos sabían que el desearse, el decírselo, podía esconder un signo de haber superado la distancia y el silencio prolongado por las ocupaciones de cada uno, o los divertimentos que hubiesen encontrado en el interludio previo al feliz reencuentro; Diego y Julio habían compartido, seis años antes, algo más que el gusto por hacer ejercicio: coincidieron en los meses de febrero y marzo donde la gente no va a sudar porque ya ha ido en enero para cumplir la meta del año nuevo. La primera vez que se vieron, Diego recién salía de la oficina de medición donde el entrenador recibe a las personas para ayudarlas a torturar su cuerpo cada mes y medio. A Julio le tocaba medirse y ver los avances. Notó en la cara de Diego, al verlo caminar hacia las máquinas de calentamiento, una sonrisa lasciva, una mirada que se dirigía a él y solo a él. Ese muchacho un poquito más bajo de estatura, con unos brazos gruesos y piernas fuertes, adornadas más arriba por un torneado durazno, punto de fuga, vértice del ángulo más pronunciado en su cuerpo, velado por una pantaloneta insuficiente, que invitaba a quien quisiera perderse en él a hacerlo, como un triángulo de las Bermudas guiando a navíos sin brújula: Julio quería averiguar cómo se llamaba, al menos, o que surgiera el deseo de ambos de tomarse ahí mismo delante de todo el mundo, en una especie de show porno que cualquier bar con instinto empresarial habría deseado contratar. Por su parte, Luis, el entrenador, lo llamó y de inmediato lo sacó de su concentración en el cuerpo de Diego:

–¿Cómo vas, mae? ¿Sos el siguiente de la lista? ¿Traés la rutina vieja? Pasá... – para Julio, todas fueron preguntas hechas al aire, ya que él estaba visiblemente atontado por la presencia del «macho».

–Sí, aquí la ando.

Mientras Luis le actualizaba el plan de ejercicio, pudo observar que en la pantalla de la computadora donde se digitaban las rutinas estaban aún los datos delpreciado «macho»; poco le costó sacar su celular y anotar el número de teléfono: Julio estaba decidido a hablar con Diego, fuera del modo que fuera. ¿Cómo empezaría a hablarle sin parecer un acosador? No había una manera elegante, según lo que pensaba Julio, así que procedió a escribirle un saludo y a decirle que se veía muy guapo en ropa de gimnasio; desde luego, la respuesta no se hizo esperar, puesto que las rayitas azules de la aplicación le indicaron que su «macho» había visto el mensaje. La respuesta de Diego no se hizo esperar:

–Muchas gracias, vos también te ves muy bien. ¿De dónde tenés mi número?

–Si te digo, no me vas a creer... –le respondió Julio.

–¿No te parece un poco raro? A mí me parece que sos un *stalker*... –le insistió Diego– no te había visto antes, salvo aquí en el gimnasio, y creo que nunca hemos

hablado más que para pedirnos el turno siguiente en la máquina que estemos usando; mucho menos creo que te haya dado mi número...

-Antes de que me bloqueés, pensá en lo siguiente: ¿te perderías de un hombre desconocido al que le atraés un montón y que te desea con locura, como se desea el placer, como se esconden las ganas de arrancarte la ropa ya mismo en la máquina de remo? -Julio intentaba ganar la atención del «macho» y tiempo para que no lo bloqueara.

-¿Y qué te hace suponer que quiero que me arranqués la ropa, así todos sudados como vamos a estar al terminar la rutina? -Diego estaba poniendo en jaque a Julio, no sabía qué escribir o qué podría salvarlo del ridículo de ser bloqueado, así que le contestó lo primero que se le ocurrió, pues a fin de cuentas no tenía mucho que perder.

-Porque hasta este momento no me has bloqueado y te fijás constantemente en la oficina de los entrenadores, así que asumo que te hago gracia o que te llama la atención saber qué podría ocurrir después en las duchas, si coincidimos... -Julio le mandó una foto de cuerpo entero donde se mostraba completamente, no tenía nada que esconder y esa fue su carta final.

Al parecer, Julio había dado en el clavo, pues al ver el lugar donde se encontraba Diego, cerca de la oficina de medición, pudo verlo reírse, cosa que le permitió inferir que no sería bloqueado, además de que pudo ver cómo el macho lo observaba directamente. Una notificación de «está bien, pero solo porque me hiciste reír y me encantan los morenos velludos» no se hizo esperar. El tiempo que compartieron después, o al menos antes de que Diego y él cambiaran de rumbos, fue lo más similar a un enamoramiento de colegiales que alguno viviría, según lo que pensaban de cada uno. Se veían a través de los espejos, uno era un reflejo infinito del anhelo del otro y viceversa; a veces compartían máquinas turnándose y limpiándolas. Julio siempre quiso alcanzar los pesos que levantaba Diego, pero en ese tiempo no le era posible, ni lo sería en bastante más tiempo.

-Mae, póngale, usted puede, siga la técnica, dele bien, duro, despacio, siéntalo... -eran generalmente las palabras del «macho» hacia Julio. Él lo llamaba así porque un tiempo utilizó el cabello decolorado y le terminó en un rubio bastante extravagante que a Julio le parecía muy divertido de ver; los lentes de pasta, el arete en el labio, los tatuajes, un lienzo cubierto de flores, palabras con letras llamativas, animales de poder y el vello en las piernas, hacían a Julio imaginárselo encima suyo, desnudo, cabalgándolo como un jinete experto en domar garañones en celo. Diego disfrutaba ver a su «compañero de ejercicio» sudar como un caballo y hacer los movimientos con sus indicaciones, con las inclinaciones y giros correctos.

-Es que vos sos un experto y me querés matar; yo sé que te divierte verme sufrir... -le respondía un jadeante Julio al terminar su turno.

–No, es que vos fumás todavía y te falta aire, guapo. Aunque sí, me gusta verte sufrir, pero me gustaría más verte hacer estos ejercicios sin ropa. Te he visto en las duchas y me encantás: moreno y velludo, alto, grueso, tenés un bonito cuerpo...

Había días en los que coincidían en las duchas sin que los interrumpiera nadie y podían darse gusto, por iniciativa de ambos, de verse mientras se cambiaban, de tocarse cuando nadie más estaba ahí, o esconderse en uno de los baños para recorrerse con la lengua, para saborearse, ya fuera antes o después del entrenamiento, con el sabor a sudor, con el peligro de ser descubiertos... Los juegos generalmente eran sugeridos a través de mensajes muy sutiles por parte de Diego, con emoticones específicos, con palabras que compartieron desde las primeras semanas de entregarse a la aventura, o cuando Julio llegaba tarde y este iba yéndose, lo tomaba de los hombros y lo arrinconaba a la pared o a una esquina donde pudiera llevarse, aunque fuese un beso para no extrañar su piel tanto como fuera posible. Julio le sugirió que cuadraran ir a un motel, cosa que fue una idea genial para el macho y así dar rienda suelta a la imaginación.

Diego siempre cargaba en su carro todo tipo de juguetes, lencería, condones, lubricantes, marihuana y las ganas de probar todo con alguien complaciente, con actitud dominante y sumisa al mismo tiempo, alguien que le preguntara y él como un libro de clarividencia revelara los secretos del buen amante que disfruta en la cama la carne de su compañero de turno. Julio por su parte se sorprendió siempre de la versatilidad de su macho, su forma de llevarlo al clímax, con muestras de ser un sádico entrenado en sacar lo más apetitoso de su miembro. Él se limitaba a obedecer los designios de Diego, al mismo tiempo que recorría con su lengua el cuerpo voluptuoso, dulce, rebosante de un hipnótico perfume, recipiente purificado de lascivia y sensualidad. Jamás se cansó de descubrir en él un lunar nuevo, de sentir su piel, sus vellos, establecer las coordenadas de sus gemidos, sus temblores orgásmicos, su forma silenciosa de conquistar el cuerpo que se le ofrecía cada vez más atractivo. Julio, cada vez que terminaba sus labores amorosas, no dejaba de admirar a Diego, detalle que le llamaba la atención al macho por sentirse observado, acariciado, incluso olfateado, ya que el moreno que le devolvía a veces duplicados los movimientos pélvicos respiraba muy fuerte. Pasaron unos meses antes de que Diego lo hablara con Julio.

–He notado que no dejás de verme, de darme besos, de abrazarme después de que te regás y quedamos los dos cansados. No me molesta, pero siempre he notado eso y que me metés en tu pecho, te gusta tenerme encima de vos o a tu lado; luego de tratarme como una perra te portás súper tierno. Por lo menos de un tiempo para acá lo noto.

–No es nada raro; simplemente me gusta sentirte, olerte, acariciarte, saborearte, eso es todo... –respondió Julio y la sonrisa del que consideraba «su macho» le permitió agregar– tenemos ya un rato de coger, de vernos en el

gimnasio... ¿no te parece que podríamos intentar algo más? –el silencio incómodo, la mirada y la expresión de Diego que desaprobaban la idea por inoportuna.

–¿Y eso como por qué? ¿A qué se debe esa petición?

–Pues pensé que a lo mejor querías intentar llevar a otro nivel lo que sea que tenemos.

–Bueno, yo no sé qué idea sea la que vos tengás, guapo, pero yo no quiero un novio en este momento. Ya tuve una pareja. Vos estás riquísimo y me siento súper bien cuando estamos juntos, pero es todo lo que puedo ofrecerte.

Julio asintió y dijo que estaba de acuerdo, que no pasaba nada. Diego notó en el espejo de la habitación un pequeño signo de tristeza en la mirada de su amante, una sutil confirmación de que algo había empezado a romperse y no tardaría en explotarles en la cara. Asumió una posición de huida. Se vistieron, se dieron un último beso, Diego llevó en su carro a Julio cerca de su apartamento y se despidió. Con el tiempo, empezaron a distanciarse y a dejar de verse. Diego empezó a llegar al gimnasio en otros turnos, Julio lo notó y decidió no escribirle para no incomodar; poco tiempo después, cambió de trabajo: el triángulo de las Bermudas que estaba entre las piernas de Diego ya no llevaba el navío del moreno a su puerto ominoso. Se habían distanciado al punto de que el perfume hipnótico, de la noche a la mañana, se disipó, o por lo menos ya no estaba al alcance de Julio.

No hablaron por más de un año y para entonces el moreno semental pelo en pecho salía en fotografías con un señor bastante mayor. Diego jamás borró su contacto, ni Julio tampoco, razón por la que podía ver sus estados de Whatsapp. Ambos habían cambiado de gimnasio, de domicilio, de trabajos, de hábitos no sabían, pero jamás dejaron de utilizar el mismo número: la costumbre de no perder contactos parecía ser compartida.

–Hola, perdido, ¿cómo estás? –le escribió Diego a Julio.

– ¿Todo bien, guapo? Hace rato que no sé de vos... ¿y ese milagro a qué se debe?

–Los milagros se presentan cuando las ocasiones lo requieren...

–O cuando los «seres milagrosos» disponen que se den... – respondió Julio.

–Perdón, pero creo que podríamos retomar lo que teníamos, aunque veo que cambiaste de profesión...

–¿Cómo así? Que yo sepa, yo sigo siendo profesor...

–Pues no parece, guapo, porque más bien ahora te he visto como cuidador de pacientes de geriátrico, porque te veo con un *sugar* o eso me da la impresión de que es...

–Pues ya ves, tenés razón: tengo a mi viejito acomodado que me resuelve el tema de vivir sin preocupaciones, además de que me da cariño, compañía, paseos, etc.

–Se me hace súper curioso que no hayás mencionado de primero «la cama»

–No es necesario mencionarlo...

-Claro, uno dice lo que primero lo consuela de lo que no vive a diario. Porque uno no dice lo que no ocurre, guapo –el comentario de Diego hizo que Julio mandara emoticones de risa, por lo que el macho arremetió de nuevo– mejor sería que un día de estos nos perdiéramos del viejito y agarráramos rumbo por ahí...

- Ese rumbo yo me lo conozco, señorito...

-¿Y me vas a hacer rogarte?

-Debería por los años de abandono; debería castigarte y nalguearte bien duro para que aprendás a no despreciarme... –Diego interrumpió con unos emoticones de diablillo, motivo por el que Julio, mientras era ignorado por su viejito acomodado quien veía una película por ser viernes en la tarde y el trabajo había concluido, se rio para sí y prosiguió escribiendo –pero vos sabés que no me gusta hacerme el difícil. Démosle, decime cuándo. ¿Te serviría que nos viéramos el domingo cerca del redondel de Zapote?

-Por supuesto, me queda genial. De fijo nos vemos. Quiero que me arranqués la ropa como la última vez, que me des bien duro –acotó Diego: habían vuelto a sus juegos, ahora un poco más salvajes al parecer.

Esa vez y en las sucesivas, porque el señor acaudalado confiaba en su acompañante de turno, que religiosamente salía los fines de semana para la casa de sus hermanas a visitarlas y llevarles dinero o algún encargo, Julio se veía a las dos cuadras de su residencia actual, también de manera «religiosa», con Diego. Los domingos en la mañana. Ambos se encontraban en el carro de Diego, con la sensación de estar cometiendo una locura, pues «Don Señor» –Julio jamás quiso revelar el nombre de su mecenas sexagenario a su amante recobrado del olvido– podría verlo en algún momento montarse al auto de Diego y seguirlos hasta dar con el paradero.

Por su parte, Diego se limitaba a excitar al moreno velludo que lo acompañaba en la aventura de los domingos, extasiado de tener un juego donde había un desconocido que no era una competencia en los terrenos del amor carnal... *Por fin nos habíamos reencontrado, luego de un tiempo muerto en el que solo estuve con inexpertos que no conseguían llevarme adonde Julio lo logra... supongo que no saber del señor que lo mantiene, de robármelo, son formas de avivar el gusto por ese cuerpo peludo y grande que me cubría. Nos soltamos después de tanto tiempo...* Mientras que Julio se sumaba a los besos de su galán reanimado que, en terreno conocido, abonaba la comarca conquistada con sus besos, caricias, mordiscos; sin embargo, algo había cambiado... *sentirlo de nuevo es revivir un volcán que se creía extinto; pero en su mirada se dibuja algo diferente, lo siento distinto, a pesar de que no se ve tan cambiado, el pelo ya no es tan rubio, ha ganado algo de peso, pero no es un tema que quiera tratar, a menos que él lo saque a colación; no es tanto su peso lo que me tiene inquieto, es otra cosa...*

Ni por la mente le pasó a ninguno que los de entonces ya no eran los mismos. El perfume se había vuelto escaso, como una estela casi imperceptible en el

cuerpo de Diego y Julio no era capaz de interiorizar que estaba ligeramente ausente. Ahí detectó el primero de varios incidentes: le costó ponerse erecto, cuestión que pasó casi casi desapercibida por el macho, quien se enfocó en reavivar al fogoso moreno que lo hacía vibrar con su cuerpo más allá de lo que el yoga le prometía alcanzar. Así estuvieron un par de ocasiones más, conforme los meses pasaron, hasta que Julio dejó de vivir en Zapote: el «romance» con Don Señor se terminó y tuvo que partir de la casa que le había puesto a su disposición.

Para Julio, Diego no habría sido un apoyo, aunque nunca ni siquiera quiso comprobarlo: jamás le pidió ayuda para pasarse a su nuevo apartamento, sino que dejó enfriarse de nuevo los encuentros. Pensó en la ausencia de una fragancia cautivadora que en principio era lo que le provocaba los arrebatos furtivos hacia Diego. El moreno no se transformaba físicamente, por lo menos su figura se mantenía, aun cuando el cabello lo había abandonado por causa de la genética; sin embargo, Diego sí iba cambiando conforme las lluvias, las lunas y las vueltas de la Tierra al Sol pasaban, Julio lo había notado: los kilos de más, la barba, la luz que había abandonado los ojos claros acompañados por lentes. En ambos los hábitos y los mensajes seguían siendo los mismos.

Conforme el tiempo pasó, las lluvias y el paso de los meses áridos, los cambios de apartamento de cada uno, las visitas de Julio a Diego, llegó a delatarse que no podía mantenerse duro con su antiguo macho en una de las esporádicas veces que se vieron. En una ocasión tuvieron que llegar al clímax a punta de palabras sucias, marihuana, ensoñaciones canábicas con las que afloraban las palabras...

–Hoy no estuviste al cien como me tenías acostumbrado...

–Es que has cambiado mucho... – contestó Julio.

–¿Lo decís porque he aumentado de peso? Yo lo sé, Julio, no tenés que decírmelo, ¡ya lo sé! Pero vos no sabés lo estresante que es mi trabajo, lo que he tenido que sacrificar por mantenerme en la posición en la que estoy, además de que estoy sacando otra carrera más relacionada con mi trabajo...

–¿Dejaste el gimnasio?

–¿Por qué me salís con eso si sabés la respuesta? Claro que lo dejé, ¡no puedo ir! Estoy sacando de nuevo la universidad porque nunca logré ejercer como terapeuta físico, porque lo único que me dio trabajo fue el inglés y la administración de empresas; decime qué querías que hiciera, mi trabajo me quita demasiado tiempo.

–Bueno, yo no esperaba que me regañaras tanto por una simple pregunta...

–Es que no fue una pregunta tan simple, Julio... Ya sé que te molesta que estoy tan gordo y ya no te excito como antes...

–Eso no es cierto –respondió rápidamente el moreno– vos siempre has sido el único que ha podido sacar lo más sádico de mí. Disfruto siempre cuando me chupás, cuando me recorrés con tu lengua, me mordés, me decís cosas sucias, me

encanta que me ordenés cosas, me fascina sentirte sobre mí, comerme tu durazno velludo y rosadito por dentro...

-Pero ya no te mantenés como una piedra ni me ponés a cabalgarte como antes... -interrumpió Diego- Se nos rompió la magia de tanto usarla, supongo...

-No es eso, bello, tal vez es que he estado un poco distraído, estresado por todo lo que debo hacer en mi trabajo...

-Mirá, dejalo así; vos siempre te has conservado hermoso y me encanta, pero creo que no me servís de nada si no podemos coger como antes...

-Bueno, no pensé que únicamente me consideraras un consolador con patas, prácticamente... -ambos se habían herido en lo más profundo sin darse cuenta; Julio retomó -hagamos algo, precioso: dejemos que el tiempo nos diga hacia dónde vamos...

-No es lo que quiera el tiempo, guapo, es lo que nuestros cuerpos digan y el tuyo me dice que hay algo que no está en sintonía conmigo... ¿Qué más querés que hagamos? Vos no querés admitir que ya no funcionamos...

-Podríamos tener otro tipo de relación y recuperar la magia que decís que se nos rompió...

-Vos siempre has querido que nosotros tengamos algo y en serio me encantaría, guapo, pero yo quedé tan mal de la última relación hace tantísimos años que he preferido siempre mantener mi libertad; vos me gustás, me fascina tu cuerpo, nos tenemos toda la confianza del mundo. Jamás me has molestado y siempre me has dado placer, pero si me pedís ser novios y no estamos bien en la cama, ¿qué nos espera de viejos?

Julio entendió que la semilla seguía cayendo en tierra infértil: por más que insistió, a lo largo de los años, Diego nunca aceptó que podrían verse de otra forma que no fuera como amigos con derechos. Decidió aceptar que no habría nada más entre ellos, por lo que convino en asentir, darle por su lado a su macho a quien ya empezaba a ver un poco ajado por el tiempo, la mala alimentación y la falta de ejercicio, cuestión que en otro tiempo los unía y al menos Julio sí continuaba practicando, haciendo mil maromas con el tiempo para asistir a sus trabajos y la universidad. No podía comprender cómo alguien con una naturaleza bella, o lo que creía que Diego era en el fondo, no alcanzaba a seguir cuidándose como antes. La pena de no poder disfrutar más de perderse en los mares del placer con su macho hizo que Julio reviviera sus cacerías en los cuartos de vapor que había dejado de lado por seguir alimentando la ilusión de que su triángulo de las Bermudas lo llevaría a buen puerto, pero los buques perdidos naufragan igual que las ilusiones.

Nuevamente dejaron que el tiempo pasara. Llegó el año de la pandemia: bares cerrados al igual que el sauna; gente confinada por miedo a los contagios, como si una peste azolara el mundo. Nadie la vio venir, ni siquiera Diego, que se moría de ganas por sentir una piel ajena. Se acordó de escribirle a Julio porque el

encierro era insoportable, además de que, por alguna razón extraña, los moteles se encontraban abiertos.

-Hola, guapo perdido, me tenés en el abandono...

-Hola, bello, no estoy perdido, sino encerrado como todos - respondió Julio
-¿Vos cómo vas?

-Con unas ganas de vos... -los emoticones, las fotos desnudo, Diego y su durazno volvían a tentar al moreno- me puse a pensar en lo de la magia rota y creo que el problema que nos venía pasando es el espacio. ¿Te acordás de lo mucho que disfrutábamos en los moteles?

-Pasábamos delicioso, gemías como loco, me dabas unos sentonazos tan ricos, las fotos que nos tomamos en los espejos, la ropa interior que usábamos... ¡Uf! La pasamos tan rico, mi macho...

-Entonces ya tenemos plan: recuperemos la magia. Vayamos a algún motel que nos quede cerca, solo que no podría pasar por vos a tu casa...

Julio aceptó y cuadró el encuentro. Quedaron de verse en un motel frente a un cementerio, curiosa ubicación para el placer aun paso de la muerte. Julio llegaría por su cuenta, con su mascarilla puesta, sombrilla porque era uno de esos meses en los que hay lloviznas nocturnas. Luego de unos minutos de espera, apareció Diego en su carro. El moreno se montó y al darle un beso a su macho se dio cuenta de que el perfume dulce había desaparecido por completo.

Entraron a una de las habitaciones y acordaron pagarla a medias. «Quiero que me hagás tuyo, guapo, que me des bien duro» fueron las palabras de Diego, mientras le quitaba la ropa y construía fuera del envoltorio el cuerpo de su acompañante de piel canela, recorrió con su lengua su cuello, sus pezones, sus ingles, la pelvis, llegó hasta su mástil firme con el fin de provocar una subida de sangre al punto exacto donde deseaba sentarse con locura el macho perverso que brindaba órdenes muy claras para Julio, con su pinta de cuero y dominador, pero al fin y al cabo palabras. Después varios intentos, no hubo respuesta por parte del moreno instrumento de lujuria, seguía inútil como una oruga incapaz de metamorfosearse. El silencio y su peso en la habitación no tardó en sentirse. Las miradas de ambos, perdidas en un inicio, se encontraron luego de los múltiples intentos de reavivar la magia perdida para siempre. Se habían topado con que las caricias de hace años, los besos, las nalgadas, nada hacía efecto. Diego inició el ritual canábico para disipar la frustración de su mente, mientras su acompañante se bañaba.

Julio recordó el tiempo en el que la piel de su amante más amado despedía un olor dulce que lo hacía querer arrancarle la ropa en donde fuera que lo viera. Añoró la época en la que sus curvas, sus muslos, sus piernas, todo el ángulo más llamativo de su cuerpo, lo mantenían como una astabandera siempre en alto; cuando salió del baño del motel, Diego ya se había vestido y estaba listo para irlo a dejar a su casa. Esta sería la última vez, aunque ninguno lo hubiese admitido. No

es necesario decir lo que los cuerpos en su lenguaje ya se han indicado. Julio aceptó; sin embargo, lo que más lamentó era su incapacidad de percibir un perfume conocido, la esencia inconfundible que lo hacía vibrar de pasión por Diego y se preguntó cómo era posible que ahora, incluso la escasa barba que tenía el macho en comparación a la suya, le oliera a mierda...

RONALD G. HERNÁNDEZ CAMPOS. Nació en San José de Costa Rica en 1989 pero ha vivido la mayor parte de su vida fuera de la capital. Se graduó en enseñanza del castellano y literatura, y en filología española, ambas carreras en la Universidad de Costa Rica. Actualmente estudia una maestría en literatura latinoamericana en esta misma casa de enseñanza. Ha publicado textos de narrativa y poesía en diferentes revistas literarias en México, Argentina, Venezuela y Costa Rica. Es autor de los libros de relatos *Libre(ta) de cargas* (Editorial Eva, 2017), *La aldea: cuentos y memorias de Tontilandia* (Mariposa de Vidrio, 2018). Participó con dos textos en la antología centroamericana de arte *LGBTIQ+, DiscrimiNaciones* (Ediciones Böll, 2019). Tiene otro cuentario inédito titulado *El cuarto de vapor* (2021).